

Santísima: María era solemnemente invocada bajo el título de *Reina de Polonia*, mucho antes que Juan Casimiro renovase esta consagración. Cada vez que el ejército polaco se preparaba á marchar contra los tártaros, la bandera de María era la que guiaba sus falanges belicosas (23); el grito dos veces repetido de Jesús era el grito de guerra; un cántico á la Virgen el himno del combate (24).

LIBRO IX.

Los tiempos caballerescos.

EL gigantesco imperio de Carlo-Magno había desaparecido como un brillante fantasma; el último de los carlovingios había sido despojado de su reino como de un manto, reducido á nada por las imprudentes liberalidades de sus padres, y los duques de Francia que también se decían descendientes de Carlo-Magno, después de haberse probado por dos veces este manto real, concluyeron por apoderarse de él. Antes de reunir la corona empobrecida á su gran feudo con el cual la dotaron los condes de Paris, habían dado brillantes pruebas de su devoción á la Virgen. Cuando aquel mal desconocido y terrible, que se llamó *fuego ardiente*, después de haber destruido la mitad del reino, se lanzó sobre la isla de Francia, Hugo el Grande alimentó á sus expensas á los pobres peregrinos enfermos que venían á pedir su salud, que obtenían de Nuestra Señora de Paris (1). Hugo Capeto, fundador de la tercera dinastía, tuvo por la Virgen Santísima una sincera devoción, y la reina Adelaida de Aquitania su piadosa esposa, colmó de sus dones

la bella abadía de Nuestra Señora de Argentueil, que poseyó desde entonces la santa reliquia que aun se espone hoy día á la veneracion de los fieles. Roberto que proclamó á María *la estrella* de su bello reino, fabrica en su honor monasterios en Puissy, en Melun, Etampes y Orleans, como lo sabemos por Helgaud. La iglesia de Orleans fué llamada Nuestra Señora de Buena Nueva, y construida en el parage mismo donde Roberto, que no era aún en aquella época sino el heredero presunto del reino, habia sabido que su padre Hugo Capeto acababa de librarse de la muerte.—Digno hijo de un rey!

Bajo el reinado de Felipe I, nieto de Roberto, príncipe que se mostró mas dispuesto á robar á la iglesia que á enriquecerla, sucedió un grande acontecimiento que dió por vasallos á los reyes de Francia los reyes de Inglaterra. Guillermo el Bastardo, hijo de Roberto el Magnífico, que murió durante su peregrinacion á la Tierra Santa, conquistó la Inglaterra en una sola batalla y estableció el dominio normando. Guillermo, como Roberto su padre, tenia una maravillosa devocion por la Virgen María: este conquistador tan bravo, tan hábil político, que hacia temblar toda la Inglaterra de un extremo á otro con un simple fruncimiento de cejas, no bien se hallaba enfermo, cuando juntaba sus manos belicosas para encomendarse á María. Cuando cayó malo en el castillo de *Chierbourg*, una pequeña ciudad defendida por buenos fosos y algunas torres redondas que el océano, magnífico sobre esta costa, batia con sus olas embravecidas dos veces al día, hizo voto de fabricar una linda capilla á la Virgen, si por su poderosa intercesion recobrava prontamente la salud; lo consigue en efecto, y se apresuró á cumplir religiosamente su promesa. Hizo reedificar á sus espensas la soberbia abadía de Jumiége, donde el clero encontraba ciencia y el pobre pan, á condicion de que su iglesia que la reina Batilde habia dedicado á San Pedro, seria colocada bajo la invocacion de la Madre de Dios. El 1.º de Julio del año de gracia de 1068, asistió él con la duquesa Matilde y todos los altos barones normandos á la dedicacion de esta iglesia, y algunos años mas tarde pasó la mar tan solo para encontrarse en la de Nuestra Señora de Bayeux con sus dos hijos Guillermo y Roberto, en union de San Franco, arzobispo de

Cantobery, y Thomas, arzobispo de Yörk, á quienes tambien habia invitado el obispo Felipe de Harcourt que la habia fabricado de nuevo. Entonces fué sin duda cuando la duquesa Matilde obsequió á Santa María de Bayeux con aquella célebre tapicería histórica, en que su paciente aguja ha trabajado la grande epopeya de la conquista de Inglaterra; *esta tela con bordados y leyendas* estaba tendida por toda la nave de la iglesia el día, y por las octavas de las reliquias dice el inventario del tesoro de Nuestra Señora de Bayeux, hecho en 1476 (2).

Esta bella y piadosa princesa, cuya memoria estaba en tan alta veneracion, que la esposa sajona de su hijo Enrique I de Inglaterra, cambiése su lindo nombre de Edith por el de Matilde, á fin de agradar á la nobleza normanda, ha dejado otros testimonios de su devocion á la Virgen Santísima á mas de la tapicería monumental que le consagró.

Un día, hácia el fin del mes de Octubre, en una de las admirables praderas normandas, donde la yerba se parece á un inmenso tapiz de terciopelo verde salpicado de flores, se paseaba ella con algunas damas de su corte y sus dos niños, dos héroes futuros, de los cuales el primogénito debia immortalizarse por sus expediciones caballerescas en la conquista de Jerusalem, cuando un correo del duque Guillermo, que galopaba á toda brida hácia Ruan, detiene su poderoso caballo y al apercibirla, se lanza de un salto en la pradera.—“¿Qué nuevas hay de Monseñor y del ejército normando? preguntó Matilde pálida de emocion . . . —La batalla se ha ganado, noble señora, respondió el correo doblando una rodilla y presentando á la jóven duquesa, cuya mano agitada se estendia hácia él, la misiva con el sello pendiente que confirmaba la verdad de sus palabras; el perjuro Harold ha sido vencido; su cuerpo que no debia haber tenido otra sepultura que la arena de aquellas playas que él retenia injustamente contra nosotros, reposa en el coro de la abadía sajona de Waltham: la Inglaterra es vasalla de la Normandía.” La princesa normanda se santiguó de gozo, é hizo voto de fabricar en el parage mismo donde habia sabido el triunfante suceso de la expedicion de Guillermo y de sus caballeros, una iglesia que conmemorase este hecho, bajo

el nombre de Nuestra Señora del Prado, que fué cambiado despues en el de Nuestra Señora de la Buena Nueva. La comenzó, en efecto, algunos años mas tarde, y su hijo Enrique I, despues de haberla hecho concluir, la dotó magníficamente (3).

En su última guerra contra la Francia, Guillermo el Conquistador abandonó Nantes á las llamas; pero esas llamas que consumieron la iglesia de Nuestra Señora, arrojaban resplandores tan espantosos, que el caballo del rey de Inglaterra retrocedió encabritándose, y lanzó á su caballero, que cayó herido de muerte. Atribuyendo el accidente fatal que le arrancaba la vida, al incendio de la bella iglesia de la Virgen, legó por su testamento una suma considerable para reedificarla. Transportado á la vecina abadía de Ruan, el conquistador de Inglaterra fué despertado al amanecer del 9 de Septiembre de 1087 por el sonido de una campana matinal. "¿Qué es aquello? preguntó levantando penosamente su cabeza enflaquecida, pero bella aún con aquella belleza fiera y varonil, que los mismos cronistas sajones que le tenían mas miedo que amor, no le pudieron nunca rehusar. Como se le respondiese que eran las campanas de la iglesia de Santa María que tocaban á prima: "Señora Santa María, dijo el héros normando levantando sus manos, yo os encomiendo mi alma, dignaos reconciliarme con vuestro hijo Monseñor Jesus!" Y concluyendo estas palabras espiró.

Enrique I, que habia usurpado la corona á Roberto su hermano primogénito, á quien hizo sacar los ojos, y el mismo cuya devocion era tan dudosa aunque blasonaba mucho de ella, erigió fundaciones magníficas en Inglaterra, donde introdujo la arquitectura de los normandos, lo que no le impidió el poner fuego á muchas iglesias de Normandía. Quemó por ejemplo, en 1120, obsérvese la fecha, la catedral de Lisieux junto con la misma ciudad: esta antigua catedral que se remontaba á los primeros siglos del cristianismo, estaba dedicada á la Virgen como casi todas las catedrales normandas. El castigo de este incendio sacrilego siguióle muy de cerca; al fin del mismo año, la nave que conducia al hijo único del rey Enrique, Guillermo de Inglaterra, y á otros dos infantes reales menos legi-

timos, zozobró en la rada de Gatevilla cerca de Harfleur, mientras el mar estaba bello y tranquilo proyectándose sobre la sombra brillante de la luna. Desde aquella época nadie vió sonreirse al rey Enrique.

La emperatriz Matilde, hija de este príncipe, tuvo una prueba señalada de la proteccion de la Virgen y de su poder sobre los elementos. Durante la guerra que ella hacia á Estevan de Blois, forzada á embarcarse para Normandía con un tiempo inseguro, tornóse este muy presto en una tempestad, en los peligrosos parages donde su hermano Guillermo, pocos años antes, habia perecido con la mitad de la corte de Inglaterra. La tempestad era una de aquellas que solo se ven en el mar embravecido: el horizonte se cubrió de un inmenso velo negro que caia desde el cielo al mar como un cortinaje funeral: las olas, grandes cual montañas y cargadas de algas de un verde blanquinoso, hinchábanse con sombra lenuitud, viniendo despues á romperse con estrépito contra los costados de la nave real, y levantándola al mismo tiempo sobre sus dorsos húmedos, para precipitarla un instante despues en los espantosos abismos en que desaparecia enteramente. Los marineros al hacer la maniobra, sacudian la cabeza; mientras los señores ingleses se santiguaban de espanto encomendándose á Dios, á la Virgen Santísima y á San Jorge, patron de la nobleza. Matilde estaba de pié sobre la cubierta, y su rostro sereno aunque pálido, no desmentia la valiente raza de sus abuelos. "Tened esperanza, señores, decia volviéndose hacia sus fieles nobles; Nuestra Señora es buena y poderosa; Nuestra Señora nos salvará; quiero entonar un canto en accion de gracias desde el momento en que se descubra la costa, y le ofrezco fabricar una abadía en el punto mismo en que desembarquemos." Apenas la princesa anglo-normanda habia pronunciado este voto, cuando las olas se apaciguan, el viento calma y la nave se desliza como una gaviota sobre el mar. A poco un punto negro se distingue en un espacio azul del cielo, donde las nubes huyen esparcidas, y cada instante se estiende mas y mas: es una montaña de mediana altura, cuya negra cresta está coronada de una ermita. Un vasto bosque aparece en lontananza sobre el último plan del cuadro: entonces la voz ronca y aguda del vi-

gía deja caer desde lo alto del palo mayor estas palabras tan impacientemente aguardadas: *Cante, regne! . . . vechi terre.* (Cantad, reina, he ahí la tierra); y la hija de Enrique I púsose á entonar con una voz dulce y grave un cántico á la Virgen, que los barones ingleses repitieron gozosamente, con las manos juntas y la cabeza descubierta.

A pocos instantes la nave, libertada milagrosamente del naufragio, largó el áncora en la pequeña bahía de Equeurdreville. El primer cuidado de la princesa al desembarcar, fué señalar el lugar de su monasterio, que nombró la Abadía del Voto, y antes de dejar estos parages, colocó ella misma la primera piedra.

Matilde no vivió lo bastante para ver terminada la iglesia de la Abadía del Voto; pero la inauguró su hijo Enrique II rey de Inglaterra. En la necrología de esta abadía se lee: "El 4 de los yelos del mes de Septiembre murió la emperatriz Matilde, fundadora de este monasterio; debe decirse por ella un *Libera como por un canónigo.*"

Nuestro siglo tan frio en todo lo que respecta á Dios y á los santos, no debe reirse de los votos hechos á Nuestra Señora durante una tempestad: el mas incrédulo cree en algo cuando se halla en una barca espuesta á perecer. M. de Volney es una prueba.

Paseándose un día en el mar con algunos amigos á lo largo de las costas de Baltimore, levántase el viento de repente, y el pequeño bote americano, que llevaba la flor de los incrédulos de los dos mundos, estuvo veinte veces á punto de sumirse. Todos se habian ya puesto á orar, y el autor de las *Ruinas* hizo lo mismo que los otros. Cuando la tempestad se hubo apaciguado gradualmente, alguno que habia visto á M. Volney apoderarse de un rosario y á recitar *Ave Marias* con un fervor edificante mientras duraba el peligro, se aproximó á él y le dijo con maliciosa naturalidad:—"Mi querido señor, ¿á quién rogábais poco ha?—Se puede ser filósofo en el gabinete, respondió su compañero de viage un poco confuso de la aventura, pero no durante una tempestad."

La emperatriz Matilde quiso que sus restos mortales fuesen enterrados en la mas célebre de las abadías normandas de la

Virgen, en Nuestra Señora del Pico; su hijo Enrique que no era entonces sino duque de Anjou y de Normandía, le hizo levantar un sepulcro que cubrió con planchas de plata. Cuando fué hecho rey de los ingleses, continuó en proteger y honrar por *reverencia* á la Virgen y á su madre esta abadía, que fué reedificada en parte por sus liberalidades reales. En 1178 fué consagrada de nuevo por Rotron, obispo de Ruan: Enrique II asistió á esta piadosa ceremonia con su hijo Enrique Court-Mantel.

Ricardo Corazon de Leon, hijo y sucesor de Enrique II, hizo fabricar antes de su partida para la cruzada, Nuestra Señora del Buen Puerto en la diócesis de Evreux, y asistió con su brillante nobleza á la dedicacion de este monasterio que tuvo lugar en el año 1190 (4). Cuando su vida aventurera estuvo próxima á su fin, y que herido de muerte de una flecha, en el sitio sin gloria de una fortaleza, dictaba su última voluntad, ordenó en su testamento que su corazon fuese llevado á Nuestra Señora de Ruan, *por la ferviente devoción que habia tenido á este lugar;* y aquel corazon, el mas valiente quizá que ha latido jamás bajo una coraza de caballero, fué honestamente colocado al lado del coro, *hácia la sacristía, en una caja de plata, la cual fué tomada despues para el rescate de San Luis rey de Francia, que fué hecho prisionero por los sarracenos, y en aquel lugar mismo se hizo una de piedra* (5).

Este valiente campeon de la Cruz, que arrancó á los sarracenos sus fuertes ciudades, y de quien ellos jamas pronunciaron el nombre sin añadir ¡maldito sea él! quiso ser enterrado al lado de su padre en Nuestra Señora de Fontevrault. Berenguela de Navarra, su muger, reposa allí al lado de él; sus estátuas pintadas y doradas, fueron acostadas sobre sus tumbas de piedra, y en medio de sus adornos, la reina Berenguela lleva sobre su corazon un medallón cuadrado, sobre el cual se ve á la Virgen Santísima rodeada de muchos cirios. La célebre Eleonora de Aquitania, madre del Rey Ricardo, vino á enterrarse en esta abadía algunos años despues, y reunió su sepulcro á estas tumbas reales, colocadas bajo las bóvedas góticas de la bella iglesia abacial de Nuestra Señora.

A ruegos de ella misma, Juan sin Tierra, muerto de una in-

digestion en una abadía sajona (6) fué enterrado con gran pompa en la bella catedral anglo-normanda de Nuestra Señora de Worcester; pero si se ha de creer á los antiguos cronistas, el cuerpo de este príncipe cobarde y cruel, que había empapado sus manos en la sangre inocente de Arturo de Bretaña, y que había tenido la bajeza de hacerse turco para procurarse la alianza de los moros de España, no manchó por mucho tiempo la morada sagrada de María. Cuentan que en esta tumba deshonrada se oían de noche ruidos extraños, blasfemias, espantosas carcajadas, orgías, cosas terribles. lo que dió lugar á los monges de Worcester de desterrar secretamente fuera de aquella tierra consagrada el cuerpo de este príncipe condenado.

Los Plantagenets se distinguieron por su devoción á la Virgen y cubrieron la Inglaterra de aquellas bellas iglesias góticas de María, que subsisten aún en todos los condados, y que son el mas bello florón de su corona arqueológica. Nuestra Señora de York, á quien por su sencillez llena de grandeza han comparado á una nave á la vela; Nuestra Señora de Salisbury, otro diamante tallado en el mas bello estilo, que se colgaba de tapicerías de Flandes y se llenaba de luces y de flores en las solemnes fiestas de María; Nuestra Señora de Westminster, donde estaba, dice Froissard, una imágen de la Virgen Santísima en quien los reyes ingleses tenían *grande creencia* y que hacia *muchos bellos milagros*; la soberbia abadía gótica de Nuestra Señora de Walsingham, el peregrinaje favorito de Eduardo I y de su caballeresca corte; la bella catedral de Wills, cuya capilla de la Virgen es segun la opinion de los inteligentes, la perla de los monumentos góticos de la Gran-Bretaña; todos ellos serán siempre el mas bello testimonio de la piedad de estos príncipes hácia la Santa Madre de Nuestro Señor.

Los anglo-sajones que formaban las clases pobres, las clases comerciantes y el paisanaje de Inglaterra, no eran menos devotos á la Virgen que los príncipes del continente que los gobernaban por derecho de conquista. Teniendo otra opinion que los vencedores sobre casi todos los puntos, estaban sin embargo de acuerdo sobre el de mas grande importancia, el de religion; así es que los dos pueblos reunidos se iban con el bordon en la mano en peregrinaje á Nuestra Señora de Radecliff,

una bella y antigua abadía llena de monumentos sajones, y á Nuestra Señora de Worcester, donde lady Warwick, la esposa del *hacedor de reyes*, ofrecia vestidos suntuosos para el uso de la Virgen Santísima, despues de haber rogado ya por la rosa encarnada, ya por la rosa blanca, segun el partido que protegía por el momento su valiente esposo (7).

El ayuno del sábado en honor de la Virgen Santísima, era practicado por el pueblo inglés desde el tiempo de Guillermo el Rojo. Un célebre ladrón, sajón sin duda, pues que San Ambrosio, el prelado normando que cuenta esta anécdota contemporánea, le llama ladrón sin mas cumplimientos, penetró una bella mañana en la cámara aislada de una pobre viuda para robarla; no encontrando nada que le conviniese en esta indigente morada, el célebre bandido se sienta sobre el único banquillo de la oscura sala con paredes de arcilla batida, donde hilaba la viuda, y le dice con un aire gracioso que remedaba el de un noble normando:—"Y bien, comadre mia, ¿os habeis desayunado?—No, mi gentil caballero, respondió la pobre muger cesando de dar vueltas entre sus dedos al huso de fresno; no lo permita Dios, ¿no es hoy sábado? Yo ayuno todos los sábados del año.—¿Todos los sábados! repitió el ladrón asombrado ¿y por qué?—¿Cómo por qué? en honor de la Virgen Santísima: ¿no sabeis que este es un medio por el que ella os hará la gracia de no morir sin confesion?—¡Ah! dijo el ladrón, me alegro el saberlo y de aquí en adelante hago el voto de ayunar tambien." Cumplió su palabra, y la Virgen por su parte no le faltó á la hora de la muerte. Herido fatalmente en una expedicion peligrosa, prolongó ella milagrosamente su vida para dejarle el tiempo de reconciliarse con Dios.

San Anselmo nos cuenta tambien que los atrevidos y orgullosos barones normandos honraban piadosamente á María, sin dejar de oprimir con todo su poder á los vencidos de Hastings. Uno de ellos, un gran señor, tenia por escuderos y por pages una tropa de *bribones* siempre dispuestos á obrar mal, y por intendente un *diablo encarnado*, que le persuadía sin cesar á este *pobre baron* ya de *ultrajar á aquel*, ya de *robar á este*, ya en fin de *matar á aquel otro*; así era que no se pasaba un solo dia sin que se señalase con un *h:cho detestable*. En medio de

esta bella vida, él rogaba devotamente á la Virgen día y noche saludándola con *siete Ave Marias* acompañadas de *siete profundas genuflexiones*, siendo esto lo que impidió á su infernal intendente el ahogarlo, como acostumbraba decir, y lo que le valió al fin la gracia de una conversión sincera (8).

Los bandidos sajones (outlaws); que se habian refugiado en el fondo de los bosques llegando á hacerse los mas hábiles arqueros de Inglaterra, para escapar á la pena capital que la ley normanda aplicaba á los delitos de caza, no sentian sino una sola cosa, y era el no poder ir á orar al altar de María, cuando un viejo monasterio sajón enviaba el sonido de sus campanas religiosas á los verdes bosques donde cantaba alegremente la alondra, ó donde corrían sin temor los corzos del rey. Aquellas antiguas baladas inglesas de negras letras, dice un anticuario de la Gran-Bretaña, que se crece obtenerlas de balde, mientras se las paga á peso de oro, nos muestran á Robin Hood, *el rey de los bosques*, que despues de haberse encomendado á la Virgen, arriesga su cabeza por solo ir á rezar sus devociones al monasterio cuyas campanas lejanas parecen llamarle.

“Hé ahí el estío; la campiña está verde, los árboles cubiertos de hojas y los ruiseñores gorgcean alegremente.”

“Los cervatillos dejan la colina, atraviesan la llanura y se ocultan en los espesos bosques.”

“¡Oh! qué hermoso día! la pascua nos ilumina con sus rayos, el aire está lleno de armonías y canciones.”

“Yo te saludo, alegre y límpida montaña, grita Little John; no, en todos los bosques cristianos no hay un hombre mas feliz que yo.”

“Y tú, mi buen amo, abre tu corazón á la alegría, á la dulce alegría teñida con la púrpura de Mayo.”

—“¡Ay! dice Robin Hood, yo seria tan feliz como tú, Little John, si en este día del Señor pudiese oír las vísperas y matines.”

“Hace ya mas de un mes que no he adorado á Nuestro Señor, y si la Virgen María lo quisiese, yo iria á oír la misa en la iglesia que está allá abajo.”

“Aquella, dice Robin Hood, yéndose á la misa para adorar

allí la cruz del Salvador. Little John, mas prudente, se queda en los bosques de Sherwood y se arroja sobre los céspedes en flor.”

La España, que no era menos devota que la isla Británica, le habia elevado desde luego numerosos santuarios, y combatía bajo sus banderas. En 1212 Alfonso IX, habiendo ganado bajo el estandarte de la Virgen de los Siete Dolores su grande victoria de las Navas, donde los moros espermentaron una de sus mas sangrientas derrotas, fabricó en Toledo á Nuestra Señora de la Victoria, para depositar aquella santa bandera de María. El rey San Fernando, este excelente príncipe que no queria tomar sobre él aumentar los impuestos de su pueblo, y que temia mas, decia, las maldiciones de una pobre muger que á todos los ejércitos moros, atribuyó á la Virgen Santísima sus conquistas de Córdoba, de Jaen y de Murcia; en fin, Alfonso el Sábio compuso cantares en honra de la Madre de Dios, y fundó en honor suyo una orden de caballería (9).

El Portugal marchaba por el mismo camino con un ardor no menos grande. Alfonso I, en 1142, despues de haber derrotado con la proteccion de María, á quien se habia encomendado antes de la batalla, á cinco príncipes moros á los cuales habia arrancado cinco estandartes en las llanuras de Alentejo, fundó en su honor el soberbio monasterio de Alcobaça; no limitándose á esto, hizo homenaje de su reino á Nuestra Señora de Clairvaux, y ordenó que todos los años en la fiesta de la Anunciacion se pagase un tributo de cincuenta maravedises de oro, en señal de vasallage á la señora del feudo en la persona de los abades de Clairvaux (10). Uno de los sucesores de este príncipe, D. Juan I, ofreció á nuestra Señora del Olivo tanta plata, cuanta pesaba su cuerpo armado de todas las piezas, y colgó como *ex-voto* en las paredes de la capilla de María, su lanza y su brillante cota de armas (11).

Los reyes de Dinamarca emprendían hácia el mismo tiempo, cruzadas contra los reyes paganos del Norte, en honor de la Virgen Santísima, y los polacos batian á los paganos de Prusia y Pomerania, cantando el célebre *Boga Rodzica* (Madre de Dios), un himno de combate dirigido á María, que San Andrés, obispo de Guezna, habia compuesto en el siglo X (12).

Los reyes de Francia no cedieron en devoción á los reyes estrangeros. Luis el Joven, y Felipe Augusto de gloriosa memoria, contribuyeron liberalmente á la reedificación de Nuestra Señora de París, que Mauricio de Sully, un grande obispo salido del pueblo, hizo erigir en el lugar de la vieja catedral merovingia del rey Childeberto.

Felipe Augusto, atribuyendo á la reina de los ángeles su magnífica victoria de Bouvines, fundó una soberbia abadía real cerca del bosque de Chantilly, y á orillas de las aguas profundas del Oise. Guerin, obispo de Senlis, ministro y compañero de armas del rey, que habia desempeñado hábilmente el destino de mariscal de campo durante la batalla; Mateo de Montmorency que se habia inmortalizado tomando seis banderas enemigas; Enguerrando de Coucy y Guillermo de Barres, que habian hecho al rey, durante este combate, una muralla que el ejército anglo-germano todo entero no habia podido forzar, quisieron asociarse á esta fundación conmemorativa hecha en honor de la *Sagrada Virgen Maria*, como decian los cartularios.

Blanca de Castilla, la célebre regente de Francia, fundó dos bellas abadías con el título de la Virgen Santísima: la abadía de Maubuisson, que ella llamó Nuestra Señora la Real, y Nuestra Señora de Lis: estos dos monasterios reales, segun la voluntad de ella misma, se dividieron sus restos mortales.

El rey Luis IX, el príncipe mas santo y mas justo que ha ceñido la corona de Francia, el mejor de los reyes y el modelo de los caballeros, se distinguia por su tierna piedad hácia la Virgen Santísima. El contribuyó á la conclusion de Nuestra Señora de París, esta joya de piedra tan hábilmente cincelada, y á la que Pedro de Montereau, el mas célebre arquitecto de su época, ha llamado la santa capilla: despues de haberla hecho concluir para depositar allí la santa corona de espinas de Nuestro Señor, dedicó solemnemente la parte baja á Nuestra Señora, cuya estatua colocada bajo el pórtico, hizo un dia un milagro encantador en favor de una niña *bien juiciosa* si se ha de creer la tradicion. Como la piadosa y linda niña, subida sobre un banco de piedra segun la costumbre de los pobres

se levantaba sobre sus pequeños piés y extendia ansiosamente sus bracitos para colocar sobre la cabeza de la Madona una corona de rosas blancas, la *buená Virgen* inclinó graciosamente hácia la angelical criatura su hermosa frente de mármol. He aquí por qué, dice un religioso del tiempo de Luis XIII, hasta el dia permanece la Virgen con la cabeza inclinada.

San Luis recitaba todos los dias con su limosnero mayor el oficio de la Virgen, y otro tanto hacia en sus viajes, prohibiendo que se le interrumpiese; ayunaba á pan y agua la víspera de las fiestas de nuestra Señora, y los sábados repartía en su honor grandes limosnas. *Cuando resolvió emprender su cruzada, vino á Nuestra Señora de París acompañado de su nobleza, llevando todos los piés desnudos, el sombrero colgado del cuello y el bordon en las manos, y así oyeron la misa con gran devoción.*

El rey á su llegada á Egipto encontró sobre la ribera donde queria desembarcar, un ejército musulman formado en batalla. El aire estaba oscurecido por las nubes de saetas que los sarracenos lanzaban sobre las chalupas francesas, mientras que sus lanzas brillaban á través del polvo que levantaban sus caballos, como el fuego tras una cortina sombría: su jefe llevaba *armas con extremos de oro, tan relucientes*, dice Joinville con su sencillez lenguaje, *que cuando el sol las tocaba por encima, parecían ser propiamente este astro luminoso*. Sus estandartes estaban superados de aquella antigua media luna de oro que era ya el emblema de los reyes turcos mucho antes de los dias de Ciro (14), y sus instrumentos de guerra hacian un ruido *espantoso y muy extraño para los franceses*. Pero Luis IX y sus valientes no se espantaban por tan poco. Cuando estuvieron á poca distancia de la ribera, el santo rey despues de haberse encomendado á Dios y á la Virgen, se arrojó el primero en la mar; las espumosas ondas le cubren casi enteramente, miles de saetas caen al rededor de él; pero ni las olas ni las flechas le detienen; el escudo á la espalda, el casco sobre la cabeza y la espada en la mano, lánzase sobre los sarracenos con una furia verdaderamente francesa; todo el ejército vuela sobre sus pasos, y los africanos son puestos en completa derrota á los gritos estrepitosos de *¡Mont-Joie, saint Denis!* Cuando los ca-

balleros egipcios hubieron desaparecido agostados por el viento del miedo, las puertas de Damietta, la llave del Delta, se abrieron á los cruzados, cuyo primer cuidado fué hacer resonar el cántico de triunfo de un *Te-Deum* en la mezquita de los musulmanes, que fué consagrada por el legado romano bajo el título de Nuestra Señora de Damietta.

El ruido de esta gloriosa jornada llegó muy pronto á la Siria, donde se la atribuyó á la proteccion de nuestra Señora de Tortosa, una célebre Madona Siria á quien los mismos mahometanos venían á implorar, y la que segun era fama, habia abandonado su santuario á fin de proteger el desembarco de los cruzados franceses. (15)

Muy pronto se supo el fin de esta desastrosa cruzada de Egipto tan brillantemente comenzada. San Luis, después de haber pagado un rescate enorme, volvió la proa de sus naves hácia la Siria; los cristianos que se habian apoderado de la Palestina en 1099, ya no poseian allí sino algunas plazas fuertes, en el número de las cuales estaba Nazareth, la ciudad natal de María, que se habia trasformado en una fortaleza feudal y cuyo primer señor franco habia sido el bravo de los bravos, Tancredo, á quien el Taso tan noblemente ha cantado en su *Jerusalen libertada*. San Luis hizo reedificar las murallas de la fortaleza galilea, y habiéndose encontrado allí el día de la Asuncion, hizo cantar los oficios con acompañamiento de órganos é instrumentos de cuerdas en la iglesia de Santa María, donde comulgó solemnemente.

Cuando el rey Luis IX con la reina Margarita dejaban la Tierra Santa, una ráfaga de viento impelió la nave que los llevaba, bajo un alto promontorio que proyectaba su sombra á lo lejos sobre las olas. Habiéndose apaciguado la tempestad, se arrojó el ancla enfrente de esta montaña siria á la que coronaba un monasterio: en el silencio de la noche, al que turba apenas el murmullo de las olas adormecidas, oyese el sonido religioso de una campana lejana que llegaba con las emociones olorosas de la mejorana y del tomillo de los bosques. ¿Qué es aquello? preguntó vivamente san Luis, que despertaba en ese instante. Los marineros fenicios que tripulaban la nave, respondieron que eran las campanas del monasterio de Nuestra Señora del Monte Carmelo. El santo rey desembarcó á los primeros al-

bores de la mañana para oír la misa en el monasterio de María, cuyos religiosos vestidos con el abbas rayado de oscuro y blanco del año, guardaban un silencio riguroso y trabajaban con sus manos; el espíritu ferviente y cenobítico de los primeros solitarios del desierto reina allí aun. San Luis, penetrado de respeto por esta austera piedad, llevó con él seis religiosos á quienes llamó los hermanos de la Orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo, y estableciólos en Paris á orillas del Sena. Ellos se mudaron mas tarde á la plaza de Maubert, y su nueva iglesia consagrada bajo el título de Nuestra Señora del Carmen, fué construida en gran parte por las liberalidades de Juana de Evreux, tercera rauger y viuda de Carlos II, llamado el Bello; esta princesa ofreció á la Virgen del Monte Carmelo su corona de diamantes, de esmeraldas y de rubíes, á la que unia su rico cinturón bordado de perlas, y el ramillete de flores de lis de oro cuajado de piedras preciosas que el rey le habia dado el día de su coronacion. Mil quinientos florines de oro acompañaron este presente real. (16)

Los reyes de Francia, que se expusieron valientemente en los combates, tenian la costumbre de ponerse bajo proteccion de la Virgen santísima siempre que lo requería la inminencia del peligro. Felipe el Bello habiéndose encomendado á María en un momento de extremo peligro en la sangrienta batalla de Mons-en-Puelle, donde habia desplegado todo el valor de un paladin, erigió grandes fundaciones á Nuestra Señora de Paris después de su magnífica victoria, y dió en perpetuidad á Nuestra Señora de Chartres tierra y la señoría de Barres, (17) con una renta de cien libras.

“Después de la toma de Casel, Felipe de Valois, dicen los grandes cronistas de san Dionisio, vino á esta abadía para volver el oriflama que habia tomado al ir contra los flamencos, y después marchó á Nuestra Señora de Paris; cuando llegó se hizo vestir de las armas que habia llevado en la batalla de Casel, subió sobre su caballo de batalla y entró así á la iglesia de Nuestra Señora; entonces, dándole gracias muy devotamente, le presentó todas sus armas y el caballo en que iba montado. (18)” El rey rescató sus armas y caballo del capítulo de Nuestra Señora

por la suma de mil libras, é hizo erigir su estatua ecuestre en frente del altar de María. Obsérvese que estas dos victorias de Mons-en-Puelle y de Casel fueron ganadas entre la fiesta y la octava de la Asuncion. Después de haber batido á los flamencos en Rosbecq, Carlos VI, que no tenia entonces sino catorce años, y á quien llamaban el *Reyezuelo*, envió tambien su espada á Nuestra Señora de Chartres, su armadura riquísimamente embutida, y su espada real toda cuajada de delines de oro. (19) Los reyes de Francia, por su parte, en su primera entrada en la capital del reino hacian el homenaje á nuestra Señora de la magnífica corona que recibian de la ciudad de Paris. La quo ofreció Isabel de Baviera era de oro y pedrerías. (20)

Bajo Felipe de Valois comenzaron las guerras entre los ingleses; el rey Eduardo III se creia el legítimo heredero del trono por derecho de su madre Isabel, hermana de Felipe el Bello, muerto sin herederos y del cual era sobrino, mientras que Felipe de Valois no era de él sino primo segundo. Los pares y barones franceses se declararon por Felipe de Valois contra la princesa Isabel, no en virtud de la ley sálica que no habla de la exclusion de las mujeres, sino por la autoridad de los hábitos existentes autorizados por las costumbres. Eduardo respondió por un argumento singular que se encuentra en una carta escrita por él al papa: "Si el hijo, dice, es excluido del trono porque su madre no pudo ocuparlo, Jesucristo no tenia, pues, ningún derecho á la herencia de David, pues que él no descendia de este rey sino por la señora Santa María su madre."

Esta desgraciada idea de reinar sobre la Francia, que en hora fatal atravesó el espíritu de los monarcas ingleses, y que cubrió el reino de las flores de lis de un diluvio de sangre, fué despertada por una provocacion caballeresca hecha en el nombre de la dulce Virgen Maria, quien probó mas tarde cuánto la desagradaba. Un falso traidor, Roberto de Artois, á quien el rey de Francia habia agraviado, dice un historiador de Inglaterra, se vengó atizando la llama del resentimiento, casi extinguida en aquel jóven rey de los ingleses, que no soñaba entonces sino en torneos y fiestas. Un dia, trayendo en la mano una garza real que su halcon de Noruega habia apresado, en las orillas del Támesis, entonces bordeado por innumerables sauces, se presentó

en el salon donde Eduardo daba un banquete real á sus grandes barones y á las nobles damas de su corte. Subiendo luego hasta el punto mas elevado del salon donde estaba el trono del rey bajo un dosel de tela de Bretaña con franjas de plata: "Traigo, dijo, á la mas cobarde de las aves, y la daré á aquel de entre vosotros que mas se le parezca; á mi ver es á tí, Eduardo, que te has dejado arrebatar el noble país de Francia, del que eres legítimo heredero." El fuego de la cólera brilló en los ojos del monarca inglés. Sospechar de su coraje! al instante se puso rojo de vergüenza, y juró por el Dios del paraiso y su dulce Madre que antes de seis meses iria á retar á ese hijo de un conde que se hacia llamar indebidamente rey de Francia: cuando hubo jurado, el conde Artois presentó la garza real á los lores ingleses, que juraron cada uno por su parte guerra á los franceses, tomando por testigos de este funesto juramento, á la Virgen venerada que llevó el Dios muerto en la cruz, y á quien el caballero Longis hirió con su lanza. (21)

La primera expedicion de los ingleses fué la batalla naval de la Esclusa. Los combates navales de entonces no se parecian en nada á los de nuestras flotas modernas; combatíase de cerca, las tripulaciones se esforzaban para despedazar el velamen del enemigo con largas guadañas y grandes flechas, mientras que los buzos barrenaban las embarcaciones bajo el agua á fin de echarlas á pique. El *ne plus ultra* de la habilidad de las maniobras consistia en hacer encallar á las enemigas sobre la costa, ó que se rompiesen contra las rocas. Eduardo, que mandaba su flota en persona, fué herido de una flecha desde el principio de la accion; pero no por eso dejó de combatir, haciendo preceder cada golpe de lanza de algunas de sus invocaciones favoritas: ¡Ah! ¡san Eduardo! ¡Ah! ¡san Jorge! ¡Ah! ¡santa Maria! mientras que la nobleza inglesa al lado de su estandarte rojo, donde brillaba un dragon de oro, (22) lanzaba sus poderosos gritos de guerra: ¡Nuestra Señora de Arundel! ¡Nuestra Señora de Arlelon! ¡San Jorge! porque en esta época caballeresca, cada guerrero de nota tenia por protector un santo á quien invocaba en alta voz durante la refriega. Eduardo deshonró su victoria haciendo colgar en el peral de una verga á uno de los almirantes franceses que se habia defendido bravamente; el otro que

había perecido con las armas en la mano encontró entre las ondas una tumba mas honrosa. En medio de esta escena de tumulto y de sangre, las bellas damas inglesas que habían venido en la galera real á buscar fuertes emociones, las mujeres de todas las épocas se asemejan á lo que parece del otro lado del estrecho, aplaudian el triunfo de sus caballeros; pero ninguna pidió misericordia para los vencidos! y la suerte de veinte mil cadáveres franceses enrojeció las azules olas del mar de Alemania. El rey de los ingleses, que durante el combate no se había olvidado de invocar á María, apenas hubo desembarcado en Flandes, cuando fué á pie, dice Froizard, con un *gran número* de nobles á su santuario de Ardenbourg. Así fué como principió esta guerra de cien años, durante la cual los ingleses pasaron su bandera desde el Garona hasta el Rin y desde el Océano al Mediterráneo.

Durante este lucha tan larga, intercalada de algunos armisticios durante los cuales los piés se posaban sobre la sangre y la mano sobre la daga, la Virgen santísima, á quien los ingleses continuamente robaban sus monasterios sin escrúpulo, no era menos, sin embargo, un objeto de veneracion. Después de haber destruido una ciudad entera de la que se alejaban cargados de botín, dejaban algunas veces una de sus estatuas perfectamente intactas sobre su pedestal; y cuando los habitantes desembarazados de ellos venian á visitar tristemente los escombros de la fortaleza, santiguábanse devotamente gritando: ¡Milagro! (23) Y era por cierto un milagro este acto de respeto en medio de una espantosa escena de devastacion.

Los santuarios donde la reina de los cielos le había sido mas grato manifestar su poder, eran tenidos por una tierra santa y neutral; eran oasis de paz hácia los cuales caminaban de todos los puntos del horizonte soldados y caballeros de todos los países que se convertian en piosos peregrinos desde el momento en que prendian una pequeña imágen de la Virgen á su casco de acero pulido ó á su caperuza de sarga. En las crónicas manuscritas de Quercy se lee, que siendo apresados algunos soldados ingleses por otros de Cahors, fueron puestos en libertad con las palabras mas dulces y afectuosas en el momento que se hicieron reconocer por peregrinos de nuestra Señora.

Las fiestas de la Virgen santísima eran escrupulosamente guardadas por las tropas inglesas, deteniendo siempre su marcha para celebrarlas. En 1380, Buckingham, que á través del corazón de la Francia se había abierto un camino bariéndolo todo delante de sí, se detuvo con su ejército en el bosque de Marchenoir, para celebrar la fiesta de nuestra Señora de Setiembre. Los caballeros ingleses oyeron devotamente la misa en una abadía que encontraron en medio de los bosques, y las largas espadas de Burdeos estuvieron por aquel día vírgenes de sangre francesa. (24)

Un capitán inglés nombrado Norwick, á quien el príncipe Juan, duque de Normandía y heredero presuntivo del trono, había sitiado repentinamente en Angulema, donde se encontraba falto de víveres, sacó diestramente partido de esta devocion á la Virgen que era comun á ambos, pueblos para escapar al disgusto de rendirse á discrecion. El día de la vigilia de la Purificacion, una de las grandes fiestas de nuestra Señora, que se guardaba en Francia desde lostiempos de Pepino el Chico, salió de los muros y pidió hablar al príncipe; este se adelanta y le dice: ¿Venís á capitular?—No, respondió el inglés; pero somos vos y yo igualmente devotos al culto de la Virgen santísima; pido, pues, á vuestra cortesanía una tregua, y que durante todo el día consagrado á esta fiesta, se prohíba batirse á los soldados de ambas partes, sin que pueda alegarse pretexto alguno para lo contrario.—Consiento con toda mi alma, replicó el príncipe.

Al despuntar el alba del día siguiente, Norwick salió con la guarnicion y todos sus bagajes; los comandantes de los puestos franceses le detienen preguntándole cuál es el objeto de aquella salida. “Quiero aprovechar la tregua, respondió el general, para dar un paseo á mis soldados.”

Llévose la noticia de este hecho al príncipe Juan, que dice: “La arteria es buena, ¡vive Dios! Dejadlos marchar como lo desean, y contentémonos con la ciudad.” (25)

No obstante los testimonios de respeto que la Virgen santísima recibia de los invasores, abandonólos para socorrer á los invadidos. A título de oprimida, la Francia había encontrado gracia delante de ella, y lo probó mas de un milagro.

En Poitiers, el criado del maire que había vendido la ciu-

dad á los ingleses y les habia prometido introducirlos una noche oscura en que la luna estuviese completamente oculta, fué imposible, sin embargo, hallar las llaves, quedándose estupefacto al dia siguiente de encontrarlas en las manos de una estatua de la Virgen en su propia catedral de Nuestra Señora. En Rennes, á quien por largo tiempo el duque de Lancaster habia sitiado inútilmente, desesperado de asaltar á esta ciudad valiente y tan bien defendida, mandó hacer una mina para volarla. La ciudad bretona duerme sobre un volcan sin temer la consecuencia del peligro que la amenaza; pero nuestra Señora vela siempre. Cuando la mina habia llegado á la catedral de Santa María y cuando el enemigo estaba á punto de ponerle fuego, vese en medio de una noche profundamente oscura, que los cirios de Nuestra Señora de San Salvador se encendian por sí mismos, las campanas puestas en movimiento por mano invisible suenan á todo vuelo, y cuando los habitantes se despiertan sobresaltados, corren en tropel atraidos por los extraños resplandores que iluminan la iglesia á media noche, preguntándose: "¿Qué significaba todo aquello?" La Virgen extiende con lentitud su brazo de piedra por el costado de la nave gótica, é indica con este movimiento el lugar donde la mina debia estallar. La ciudad prevenida á tiempo fué salvada. Podriáse citar otros ejemplos de la proteccion que María concedió á la Francia en esta época desastrosa; nos limitaremos á citar bajo la fe de escritores juiciosos y contemporáneos, el mas ruidoso de estos numerosos milagros.

Cipreses siempre verdes se levantarán sobre la noble frente de la Francia después de aquellas dos lamentables jornadas; la de Crecy, esa batalla donde pereció la flor de la nobleza francesa; la de Poitiers, donde el rey Juan fué hecho prisionero con ochocientos barones por el príncipe Negro; la nobleza estaba arruinada, el jóven regente sin tropas, las campiñas mas fértiles se cubrian de zarzas; las ciudades amenazadas de los horrores del asalto por el extranjero que acampaba á sus puertas, estaban destrozadas dentro por las facciones. Cuando al hombre le falta el apoyo sobre la tierra, se arrodilla y tiende sus manos suplicantes hácia el cielo, y así lo hicieron entonces todos los hombres de bien en las aldeas y en las ciudades. Pedíase á

Dios un prodigio por intercesion de María, para ver el fin de estas calamidades. La fe era grande y el dolor inexplicable: el prodigio fué concedido. Abusando de su posicion y del estado desgraciado de la Francia, Eduardo III, con quien el jóven regente, que se llamó después Cárlos el Sabio, negociaba, propuso condiciones tan duras, tan vergonzosas, tan intolerables, que la Francia casi expirante como estaba, levantó la cabeza con generosa cólera y dijo: ¡No! A esta repulsa inesperada embarcose Eduardo y viene á poner sitio á Chartres.

El ejército inglés plantó sus tiendas á poca distancia de los muros y enfrente de aquella espléndida catedral tan magníficamente reedificada por Julberto con los dones de los fieles ricos y pobres. La bella iglesia gótica, colocada sobre una altura que domina la ciudad y con sus altos campanarios que se descubren á diez leguas de distancia, tenia el aspecto de una ciudadela sagrada, mientras que el resto de la ciudad se desplegaba á su sombra. En este santuario universalmente reverenciado estaba un relicario de madera preciosa cubierto de espesas planchas de oro, donde se depositaba uno de los preciosos vestidos de María, su traje de fiesta de tela de Babilonia con flores azules, violetas, blancas y oro. Un dia los normandos vinieron á sitiar á Chartres, y los habitantes, muy dispuestos á defender su templo, habian tomado por estandarte esta santa reliquia; pero los normandos huyeron á su vista. Era costumbre de aquella época hacer tocar á este relicario las camisas de la fina tela de Bretaña que vestian los grandes señores el dia en que eran armados caballeros. Ricardo Corazon de Leon, á quien se la habian llevado hasta Inglaterra, habia ofrecido en retorno á nuestra Señora de Chartres una hermosa joya de oro y pedrerías que encerraba las reliquias de san Eduardo. La Madona de Chartres estaba pues en alta veneracion entre los caballeros ingleses, y mas de uno, en secreto, culpa sin duda al rey que venia á esponer á los sacrilegios y al pillaje los santos objetos de la catedral de María.

La ciudad, notificada para que se rindiese, contestó simplemente que no queria, y los enviados de Eduardo no vieron sino la puerta mazisa, sólidamente encubierta de hierro, bajo la cual en un lindo nicho gótico decorado con adornos de la

época, estaba una blanca Madona con esta inscripción grabada sobre la piedra: *¡Tutela carnutum!* El sitio de la antigua capital de los cornutos se prolongó, y los fértiles campos de la Beauce estaban erizados de espadas inglesas en lugar de espigas; el delfín ensayó entablar una negociación para salvar la ciudad favorita de nuestra Señora, pero Eduardo se hizo sordo á sus oferats y á sus representaciones. Los negociadores franceses, rudamente despedidos, no osaron conservar esperanza, y la ciudad parecia estar á punto de ser tomada, cuando aconteció, dice Fraizard, un milagro que *mucho humilló y rompió el coraje* del príncipe inglés. "Una despedida de las nubes, una tormenta tan grande y tan horrible descendió del cielo sobre el ejército del rey de Inglaterra, que parecia mas propiamente "que el mundo se iba á acabar, porque caian del aire piedras "tan gruesas, que mataban hombres y caballos, y así fueron des-"hechos los mas atrevidos."

"Si siembras en el jardín de la vida la semilla de la ira, decian los antiguos sabios de Juan, (26) tu estrella tendrá que llorar." El rey de los ingleses debió hacer mentalmente algunas reflexiones de esta naturaleza, cuando el sol se levantó como una lámpara de oro para mostrarle los desastres de la noche. Todo su campo estaba casi destruido, las tiendas hechas girones dejaban colgar los pedazos de lienzo cual pabellones rotos, y sobre aquella llanura inmensa, cuyas verdes sementeras habian sido atropelladas por la caballería inglesa, siete mil caballos estaban extendidos sin vida al lado de sus caballeros. Ningun acontecimiento histórico está mejor certificado que este hecho singular: Eduardo fué de tal modo aterrorizado, que por largo tiempo le quedó la impresion de este milagro, como él mismo lo confesó al continuador de Nangis.

Algun tiempo después, conforme con la promesa que habia hecho en medio de su espanto á la poderosa patrona de Chartres, firmó la paz concluida en Breigny, pequeña aldea del país de Chartrain, y sus grandes lores, que llevaban la cabeza tan alta, despojándose momentáneamente de su arrogancia vinieron á arrodillarse delante de la Virgen con el pacífico y humilde traje de peregrinos.

Pero no se limitó á esto la intervencion de María en los ne-

gocios casi desesperados de la Francia. Ella sacó uno de esos hombres fuertes cuyo brazo de hierro basta por sí solo para sostener un reino que se derrumba; colocó el odio á los ingleses en el corazon de un joven breton, que hizo su aprendizaje bajo sus auspicios y tomó su nombre por grito de guerra. Los ejércitos con la bandera roja de Albion guiaba á los combates, fueron deshechos, cual las pajas que el viento arrobata, al grito de *¡Nuestra Señora de Gueselin!*

Cuando la locura de Carlos VI, este príncipe tan valiente, tan querido del pueblo y tan devoto de María, hubo resucitado las esperanzas medio muertas de los reyes de Inglaterra, Enrique de Monmouth, pasando el estrecho, cedió á la tentacion de reunir la noble corona de Francia á su corona mal adquirida, y obró peor mil veces que Eduardo y su hijo; entonces la Virgen no le opuso sino una joven de alma pura, que dejó caer de sus manos indignadas, su humilde cayado de *pastora* para empuñar la espada de las batallas. Encendidos los cirios místicos de la imagen venerada de nuestra Señora de Bernont y componiendo las flores de la hermita de Santa María, (27) fué cuando Juana de Arco escuchando las voces interiores que la excitaban, concebía el difícil proyecto de librar á la Francia de las *gentes de Inglaterra* y de hacer consagrar en Reims al joven delfín Carlos. Todo fué hecho como la Virgen quiso y como la pastora lo anunció: Santa María de Reims, donde los reyes de aquella época antes de calzar la espuela de caballeros iban á ejecutar la *vela de armas* con los jóvenes señores de su corte, (28) abrió gozosa y fiera sus grandes puertas para dejar pasar al verdadero rey de Francia, á aquel que podia ser con justicia el solo ungido del Señor. Una bandada de pajarillos fué á comunicar á los ángeles esta nueva de feliz augurio, y cerca del príncipe, arrodillado al pié del altar donde Clovis habia encorbado su alta cabeza de sicambro para recibir el agua del bautismo, *la hija de Dios, la hija de gran corazon*, la casta heroína enviada por la Virgen con un semblante donde la modestia se unia al mas vivo gozo, desplegó su bandera de tafetan blanco, donde se leian en letras de oro estos dos nombres tiernos, estos dos nombres salvadores: ¡Jesús! ¡María!